

Méjico, 16 de Mayo de 1859.

De los toros creo, mi Bibiana, que podremos trasladarnos al paseo, y ya corocerás que en la corte no pueden faltar sitios en que las damas luzcan y los galanes admiren, en que unas y otros salgan á mirar y ser mirados, con tanta mayor razon quanto que si unos y otras se consumen siguiendo los pasos de la elegancia no es por cierto para recrear la vista de sus domésticos y amigos interiores, que si así fuera, puedes jurar que muy cerca estarían de volver á los tiempos primitivos. Porque está bien que por propia comodidad se dieran su mano de aseo; mas nunca llegaría su desvelo hasta consumir largas horas en caoar el color del peinado con el color del pelo, y en ponerse las niñas mas listones en la cabeza, en los brazos y en la cintura, que

los perritos en los dias de bendiciones en S. Antonio Abad. La primera de las necesidades consiste en que haya quién pueda contemplar belleza tanta, y todo lo demas queda como añadidura.

Pues bien; el lugar mas á propósito en que una dama llena de moños, una vieja llena de avalorios, una coqueta llena de rizos, una fea llena de encajes, puedan lucir, y donde un pollo de bigotes encerados, de sempiternos, lentes, de aguda pera, de inseparable *foete* pueda decir á la pasadita algunas flores á la leona de sus ensueños, es el paseo, y para él se dan desde por la mañana las correspondientes consignas.

A las cuatro de la tarde comienzan los carruajes á salir de su reposo, y lo hacen con tantas ganas, que para manifestar la agilidad y brio de los caballos, se llevan de paso al pobre transeunte que tras la desgracia de conducirse en sus propios piés, suele pillar la de una costilla hecha pedazos ó una pierna estropeada, merced á la amabilidad de los cocheros, gente verdaderamente indomable, aun mas que las mulas que conducen, porque condicion de tales es, que miéntras de mas nombre sea la casa en que sirven, mayor sea su altaneríay la brusquedad de sus maneras.

El paseo es un sitio de lo mas pintoresco que se pudiera imaginar un poeta: tiene su origen en la Alameda y va á concluir en la Piedad. En quanto á la Alameda te diré que la bondad de su tierra es la que hace todo el gasto, cosa que ha tenido muchísima cuenta á la comision encargada de paseos, porque desde que vió que la tierra por sí lo hacia todo, le encomendó hasta los enverjados y lunetas, sin volverse á tomar el trabajo de reponer unos ú otras. En los *parterres* se encuentran en todo el año plantas esquisitas y en abundancia: allí el odorífero floripondio mece con la mayor galanura su embudo de nueve pulgadas; allí el gigantesco *girasol* entrega al aire su amarilla catadura; allí el serpeador

maztuerzo trepa coquetamente por las secas ramas de los sauces: allí en fin se ve una variedad inmensa de esas exquisitas plantas que he mencionado y otras por el mismo orden.

Muchos creen que desde el tiempo en que la alameda se está embelleciendo y pintando cada año, se podía haber formado un enverjado de hierro que además de darle mejor vista á los jardines que se cultivaran, serian de mucha mas duracion que los cercados de madera que hoy se ven en partes, y que nada defienden los jardines en proyecto. Pero esos son dichos insustanciales, porque todo eso seria artificial desde la primera vista, y entonces el tal paseo perderia su rústica naturalidad que se le ha querido conservar y que nos trasporta al interior de un bosque de los que dicen hay por allá en la frontera. Hoy la ilusion es casi completa, porque prescindiendo de una estátua mas desnuda que una verdad en el púlpito, unas cuatro ó cinco tinas de piedras en que se recibe el agua y algunos bancos tambien de piedra, incompletos, por lo demas, la poca cultura de los árboles, la sequedad de las ramas, el gracioso desorden del plantío, todo hace creer que ha salido uno de la corte, y se encuentra en medio de los mezquiales de tierra adentro. Por no dejar nada que apetecer hay cerca de la glorieta del centro un precioso gallinero por si se quisiera emprender la cria de estas aves de corral, que además de que se tendrían muy gordas, acabarían de completar la fantasia de un bosque muy lejano de las ciudades.

Este contraste es bellissimo, y la corte encuentra en tal paseo una de sus mayores delicias.

Se me olvidaba: otra cosa hay en este delicioso sitio que por mas que se quieran cerrar los ojos revela el aire cortesanos del susodicho paseo. Esa tal cosa es un jacalón mugroso y lleno de remiendos que da la vida y el ser á una familia de bertezuclas de diferentes especies. Allí está figurado una camino de fierro en el que una

infeliz mula hace caminar á varios pares de *cabras, elefantes, toro y otros animales de tiro*, los cuales conducen unos cajones con el nombre de *carretelas* en las que, mediante una contribucion se pasean los chicos y chicas y á veces tambien algunos barbudos y no pocas mozas jamonas. Cuentan que es de la propiedad de un griego que no contento con otras industrias bastante productivas, ha desarrollado la de que hablo para atender á obras de caridad, como son la mantencion de huérfanas desvalidas.

Continúa luego el paseo por una calle que se prolonga un poco al poniente y luego tuerce al sur, y en todo el trayecto de esa calle el aspecto, como dije, es delicioso y prueba hasta la evidencia que los cortesanos sin esquisitos para proporcionarse objetos de recreo. Al uno y al otro lado de la calle se encuentran hasta cincuenta filanos raquíuticos que si bien nunca dan sombra, tampoco impiden la vista en ninguna direccion. Detras de ~~ese~~ *sin número* de árboles estan unas acequias cubiertas de plantas acuáticas que vienen muchas veces á estenderse un poco sobre el terreno, y ocasionan por ende algunos pasos falsos, que le valen al insperito paseante cuando ménos un baño á deshora, del que no sale sino como un Triton cubierto de algas y de insectos.

Para darle mas interes al paseo, ya que los árboles no dan sombra, se ha procurado sustituir con nubes artificiales, que á tanto ha llegado la ilustracion de la corte; y esas nubes las forman de finísimo polvo, con lo cual pueden estar seguros los paseantes de volver á su casa como si hubieran caminado cuarenta leguas; eso sí, llevando en los vestidos, en los cabellos y en los ojos la tierra suficiente para llenar cuatro tiestos y plantar algunos arbolitos que trasladarán luego al jardin.

El rumbo de S. Cosme, aunque no presenta todas esas ventajas para el paseo, tiene otras que compensan demasiado: desde que se empieza á entrar á la calle ocu-

pada con una arquería de rechonchas formas, los coches deben convertirse en góndolas ó botes, porque no obstante la robustez de los arcos que conducen la agua potable, tienen estos mas averias que yegua de chalan, y por cada una de ellas despiden mas agua que la que usa un boticario, y como toda ella se estiende mas que un doctor el día de su reeleccion, se forman unos lagos de tan regulares dimensiones que algunas veces se sufren en ellos tempestades y marejadas capaces de interrumpir toda comunicacion *inter-acérica* por mas bien acostumbrados que estén á los vados y promontorios que allí se forman. Este paseo solamente está destinado á los que están de luto y que *por necesidad* tienen que salir á paseo para recibir el aire fresco de los campos. Quizá, como al extremo de él hay un jardin de tinado á sepultar á los que mueren fueran de la comunión católica, se ha declarado ese rumbo propio para que se solacen los afligidos parientes de los que se murieron.

Hay todavia otro paseo, que aunque tan bueno como los otros solo se usa en la primavera; pero ese está destinado esclusivamente para el pueblo y para los que sin serlo van allí en habito de peregrinos. En él tienen cabida los que á título de ir tomar lechugas buscan una cosa que se les parezca, allí reunidos en una *canoas* improvisan bailes populares y cantan al aire libre versos mas libres todavia. De allí vuelven coronados de rosas quizá por haber arrancado muchas en las *chinampas* y ser mas baratas que en ninguna parte.

Cuando la aristocracia va á ese paseo se contenta con caerse á las orillas del canal y ver desde sus carruajes la animacion del cuadro que tiene á la vista. Pocas veces se mezcla en esa diversion, y aun esas pocas veces se despoja de toda su pompa y afecta en cuanto es posible el carácter popular. Lo que es la gente del bronce, esa sí disfruta del paseo de Santa Anita con un verdadero delirio.

Fuera de esto no hay otros paseos, porque aunque llaman así á Tacubaya, no es cierto. Es verdad que diariamente ves ir y venir gentes de todos rangos y condiciones á esa celebrada villa, y que los coches que corren en el *ferro-carril*, á veces no tienen un asiento desocupado, y eso que allí los asientos son muchos mas de los que humanamente pueden caber; pero todas esas gentes van á negocios: á lo ménos así lo debemos creer, puesto que apenas llegan á la villa desaparece no sé por dónde. Si fueran á paseo, en alguna parte se les viera.

Ya que hablamos de ese *ferro-carril*, bueno será que sepas que consiste en unos listones de hierro que comienzan desde la plaza principal y llegan hasta la orilla de Tacubaya, y que en los tales *rieles* se encajan perfectamente unas ruedas de hierro sobre cuyos ejes están sostenidas unas galeras con asientos á uno y otro lado, conducidas por un par de caballos flacos como cesantes, y malcriados como ministros ejecutores. El nombre de *ferro-carril* te sonará á ligereza, á prontitud; pero valiente chaseo me llevé el día en que como tú, creí que en tales vehiculos llegaria mas pronto á Tacubaya á cierto asunto. Duramos en la travesia una hora redondita; pero en cambio nuestro conductor volcó un carro de la *limpia*, mató un perro, estropeó un burro, y le dislocó un brazo á un carbonero. Para consolar á sus víctimas de tales percances, les regaló unos cuantos vocablos muy significativos y otros tantos latigazos no ménos espesivos. La conduccion cuesta poco, á lo ménos por ahora, y con esa ventaja han logrado hacer á un lado á los infelices *simones* que no encuentran quien los ocupe; aun que quizá mañana cuando hayan logrado ganar en la competencia, seguirán el sistema de otros, y se harán pagar mas caro con cualquier pretexto, logrando así embaucar al público y arruinar á los dueños de los *simones*.

No es muy lamentable esta desgracia, porque á decir

verdad los tales simones tienen muchos lados por donde el diablo puede llamarlos suyos, tanto al coche como al cochero. Si es por el carruaje, por lo comun es un cascajo que despues de haber servido á cuatro generaciones va á terminar su existencia en cualquiera de los cuatro sitios de la ciudad, bajo la cascarilla y los afeites con que encubren su vieja catadura, haciéndole no solo en esto correr la misma suerte que las viejas alocadas, sino todavía aun mas en la profesion de tercero, aunque no viste hábito ni usa cuerda. Un coche de esos es un verdadero archivo de crónicas escandalosas, de amores clandestinos, de mil pasajes tan indecibles como las sesiones secretas de los congresos. Desde la oracion de la noche dejan de ser carruajes para convertirse en retretes, no siendo raro que sirvan para trasladar mercancías averiadas de todo género, sin que haya quien les reclame los pasaportes ni las guías. Por lo que mira al Faetonte, además de que siempre vive de lo que raspa al marchante cobrándole siempre mas de lo justo, y llevando su descaro hasta reclamar todavía su propina, es el medianero de todos esos contrabandos de que ántes hablé, es el procurador de las hijas del placer, es el convidado para toda escursion peligrosa, es el *furtum* de todo el que anda en malos pasos. Cuando las lluvias hacen necesario el ministerio de estos verdugos, siquiera para no meterse en las lagunas hasta las rodillas, aunque siempre le llueve al paciente dentro de esa especie de pipas, entónces los cocheros toman por su cuenta los carruajes, se sitúan en las calles de mas tránsito y no se dejan humanizar, sino exigiendo por una travesía insignificante una retribucion que sí significa mucho, ó vale casi tanto como la detestable sentina en que se empaqueta un cristiano. Es decir, que cuando has menester un coche del sitio no lo hallas sino á subido precio; y cuando solo por antojo te chapuzas en él corres el riesgo de entrar por la puerta y salir por el pe-

sebron, ó quedarte á medio camino sin que tu conductor se aperciba de ello, y eso despues de haberte dado treinta golpes en la cabeza y otros pocos mas en las posaderas, merced al movimiento de violenta trepidacion con que te regalan.

Hemos charlado mucho, ¿no es verdad? Pero no tengas cuidado, que hay paño suficiente de donde cortar. Yo comunicativo como una coqueta, tú, curiosa como una monja, dime si podrá agotarse nuestra habladuría? Pero lo que es ahora aquí hago pausa, y hasta otra vez.

— *Caralampio.*

Méjico, 20 de Mayo de 1859.

Mucho he recorrido en todas direcciones esta *coronada-villa* á fin de conocer hasta donde posible me sea, todas las bellezas que encierra. La ciudad es bella por demas. Sus calles rectas excepto las torcidas, sus edificios magníficos excepto los defectuosos, su pavimento igual á lo ménos en lo desigual, son cosas que desde luego llaman la atencion de todos nosotros los que por primera vez venimos á esta tierra encantada de la que oímos referir tantas maravillas.

Desde el momento que se ponen los piés en la calle, está uno seguro de recibir sorpresa tras de sorpresa, porque todo es digno de la cultura y de la civilizacion á que han llegado los venturosos hijos de México.

Han oido decir que ántes de que Hernan Cortes viniera á sacar á los indios de la felicísima vida que llevaban, sirviendo al indio mayor de bestias de carga, dándole sus hijas y sus mugeres, viviendo siempre dispuestos á pasar un rato divertido en las luchas inocentes con que entratenian á su señor, dándose fraternales golpes con las *macanas*, amén de entregar en vida su corazon á los sacerdotes; ántes, pues, que el bárbaro Cortes viniera á arrancar á los indios de esta vida de azúcar y canela, habia en toda la corte unos canales bellísimos que rodeaban los palacios y las plazas y hacian de la coqueta Tenoxtitlán una rival temible de Venecia. Muchos estrangeros han pintado con su fogosa imaginacion tanta belleza, llevados de las tradiciones que escucharon á otros, que las oyeron de unos, que habian tenido noticia de que hubo quien lo viera; pero como lo dicen los estrangeros, que estos tienen aquí mas fé que un concilio ecuménico, he aquí lo bastante para que desde tiempos muy atras haya un decidido empeño en querer dar la vuelta á aquellos dichosos tiempos; bien entendido que solo respecto de los canales, que en cuanto á la de los caprichos de la real indígena persona, eso no. Y cá-tate ahí que á ese fin se ha dado á la ciudad una nivelacion tal, que desde el momento en que una llovizna tiene la humorada de caer aquí, ya puedes contar por seguro, que empiezan á bogar en esos no limpios canales toda clase de embarcaciones con distintas figuras, y de uha variedad sorprendente de materias.

Y lo que se pudo hacer con el auxilio de la lluvia en media hora, tiene necesidad para deshacerse por lo ménos de todo el resto del año. Es verdad que ese sistema de canalizacion trae el inconveniente de cortar las comunicaciones de una calle á otra, como pueblos en insurreccion; pero tambien lo es que así se logran limpiar la mayor parte de las casas, pasando todo el deshecho á la mitad de las calles, que como están por entonces habili-

tadas de lagunas ó de oceanos, segun su capacidad, se sustraen de toda autoridad terrestre y se sujetan solo á las marítimas, y todas sus diferencias las constituyen en causas de almirantazgo, y en espera de que el tribunal competente falle, despues de que se reuna, llega el tiempo de la seca, desaparece la causa que motivó la reunion del tribunal, y todo ha concluido.

En algunas calles queda permanentemente la laguna, pero en virtud de los muchos progresos que han hecho las ciencias y las artes, se habilita de ingeniero al primer ganapan que pasa, y se le hace construir una buena porcion de puentes colgantes ó navegantes, y ya la gente cortesana tiene á lo ménos por donde echarse á buscar vado, aunque lo que consigne las mas veces es naufragar en aquellos arrecifes, incluso el puente que se llevan entre los piés y que jamas vuelve á conseguir sobre nadar por el espesor de las capas de lodo, yerbas & que forman el lecho de aquellos estanques.

Como se ve, si no se ha conseguido poner á la capital en el estado pintoresco de cuando los aztecas, háse por lo ménos logrado la ventaja de tener á las distancia de las narices unos paisajes variadísimos formados en los islotes que descuellan aquí ó alla entre las tranquilas ondas de esos lagos. Y siendo como es tan féráz esta felicísima tierra sucede que ayudada la naturaleza por el arte,—la primera la representa la policia, el segundo los vecinos—llegan á verse elevadas é inaccesibles montañas cuya falta si no es azotada, es por lo ménos pisoteada por las caricias de las lagunas, en las cuales los aficionadados á la pesca están seguros de llevar una magnífica provision, sin que jamas consigan acabar la raza por mas que trabajen de dia y de noche: tal es la abundancia de toda clase de animalitos acuáticos!

Si prescindiendo de esas lagunas pontinas te fijas en la variedad del paisaje, no te sorprendas si ves que en medio de la llanura de una plazuela muy inmediata al cen-

tro de la ciudad, se elevan magestuosamente mil y mil collados artificiales debidos á la oficiosa cooperacion de los vecinos, que cansados muchas veces de esperar á que pasen los carros que han por obligacion el recojer cuanto sobra en las casas y que no merece guarda, se aburren y se deshacen de aquellos despojos aglomerándolos donde primero les ocurre. Con la reunion de todos esos elementos comienzan á formarse unas pequeñas eminencias que á vuelta de unos cuantos dias toman dimensiones maravillosas, hasta amenazar esconder su frente allá en las nubes. Pero así como en los teatros se encarga al maquinista de hacer los cambios de decoraciones en pocos momentos, así en los sitios de que hablo hay unos seres encargados de esa mutacion que verifican en poco tiempo: estos seres son los perros, que al olor de tal cual hueso que se fué entre los despojos, comienzan á hacer sus escavaciones y descubrimientos, escotando los deseos de otros espectadores de la misma especie, que á manera de los yankees en California hacen valer la ley del mas fuerte; y así como en aquellas auríferas tierras, luego que un afortunado buscador de oro se encuentra algunas pepitas, van otros mas robustos y á *trompis* ó balazos se las quitan, sin perjuicio de que otros hagan lo mismo; así aquí, cuando un afortunado can tiene la dicha de adquirir algun bocado, los demas se le abalanzan y le disputan la presa, y emprenden una lucha á toda sangre, y con sus gritos y gruñidos auyentan el sueño de todos los que viven inmediatos al teatro de la guerra, durante la cual, en fuerza de las escavaciones ó de los diferentes lances de la pelea van convirtiéndose los montes en suaves colinas ó dilatadas llanuras, miéntras no vuelvan los impacientes vecinos á su obra de reconstruccion.

Mucho mas notable es lo que se observa al amanecer por la mayor parte de las calles, debido á las mismas causas de la creacion de esas eminencias. Como en la

corte se ha tenido por mejor y mas conveniente el privar á la mayor parte de las casas de un recipiente de materias *inodoras*, he aquí que el servicio necesario de esta clase de asuntos está encomendado á unos carros de pestilente recuerdo, que las mas veces hacen cerrar herméticamente no solo las narices, ojos y boca de los paseantes, sino aun lo que es mas, las puertas y ventanas de toda habitacion. Pero sucede que los tales colectores se descuidan en recojer las ofrendas, y entónces son depositadas humildemente en medio de las calles, en las puertas de las casas ó en las orillas de los caños. Ya calcularás todo lo bello de ese espectáculo y cuan peligroso será en noche oscura atravesar una calle ó arrimarse á una puerta sin ciertas indispensables precauciones.

Estas muchas veces son impotentes para librarse de un baño de regadera con que te cubre de piés á cabeza un barbero despues de haber javonado al parroquiano, una tortillera despues de haber lavada sus útiles, una figonera despues de haber limpiado sus platos, por que cualquiera de estos ciudadanos juzga por mas cómodo el arrojar desde el interior de su puerta todos esos sobrantes, aun cuando tu vestido recien hecho quede con la marca perdurable de semejantes *asperges*, que asomarse siquiera á tantear la oportunidad de no causar daño.

Es verdad que quien puede ha tenido la sabia precaucion de prohibir esos y otros caprichos á que puede vivir espuesto un pobre diablo, teniendo en cada esquina, dije mal, en cada cuatro esquinas un ministro de policía; pero este sabe muy bien que en las esquinas solo se ponen guarda cantones ó postes, y como vé que le colocan allí se convierte en lo que se le ha querido convertir, esto es, en parte integrante de la esquina, en una piedra mas de los edificios, en un espantajo que no espanta, por lo mismo que ven su inmovilidad y

su inercia. Esto por lo que hace al dia, que por lo que respecta á la noche, el poste no falta, aunque es distinto del que le precedió; pero si este no se mueve de un lugar, el otro se acomoda en una puerta se envuelve en su capa, y duerme como un bienaventurado, sin cuidarse en lo mas mínimo de lo que pasa en el mundo. Eso sí, para que los malhechores sepan donde está, y se guarden de hacer por allí sus fachorias coloca su farol grasiento en medio de las cuatro esquinas, y con eso cree que todo el mundo puede roncar á pierna tendida, supuesto que hay quien vele por la seguridad de las casas, el farol.

Pero libre Dios á todo bicho viviente de excitar un día el valor de esos vilantes cancerberos, porque todo lo que tienen de sufridos en un año, tienen de tremendos el día que se acuerdan que forman parte del poder público: en esos momentos son capaces de cansar á *cintarazos* al mas inofensivo ciudadano que les desagradase; y por mas razones que se le dieran para calmarlos, solo se conseguiria hacerlos mas valientes y mas temibles. Pero esto es raro, y solo contese cuando el que ha delinquido, ó el que ellos creen que ha faltado, es incapaz de volverles las tornas.

Otra de las muchas gangas que ofrecen las calles á los transeuntes consiste en tal cual tiesto que se desprende de una azotea, á tiempo que un torpe criado se ocupa en regar aquellos jardines, mas elevados que los de Semíramis en Babilonia; ó cuando no es el tiesto, es por lo ménos un aguacero artificial el que desciende sobre los que pasan; ó cuando tampoco eso, es una ú otra vara de alfombra que se desprende *per accidens* de las manos de la limpia recamarera que sale al balcon á sacudir sobre todos ya los *tapetes* de la sala ya muchas veces aun los cobertores de la cama; ó cuando mas no haya, es el atolondrado muchacho el que acierta á caer sobre tus

espaldas, á consecuencia de habérsele acabado el suelo de la azotea al andar *volando su papelote*.

Pero todas las penas acaban desde que tu buena estrella te permite llegar á la plaza de armas y por consiguiente á los portales, principalmente al de Mercaderes. Es la plaza llamada de la constitucion, aunque constitucion casi siempre nos ha faltado, un cuadrilongo que fatiga la vista por su estension. Del un lado esta el palacio nacional pintado de un bellissimo color de ceniza algo oscuro, que en mi concepto fué adoptado por un inteligente pintor para que sirviera de fondo á los objetos que luego suelen presentarse en los balcones, y estos resaltaran con toda perfeccion. A la derecha del palacio se eleva magestuosamente la soberbia catedral, á la que por humillar esa misma soberbia y matarle la presuncion de su belleza tuvieron la precaucion de ponerle una joroba al lado y unos árboles al pié, que ya desde ahora son unos censores perpetuos de la referida presuncion, y trabajan por esconder á la vista de los enamorados las perfecciones del edificio, para evitarle que esté muy pagado de sí mismo. A la izquierda del palacio queda un portal que está predicando el carácter mejicano, el cual tiene por costumbre dejar las cosas á medias, si bien respecto del portal de las Flores es preciso agradecer que se haya quedado á la mitad del camino y se haya desechado su prolongacion como mal pensamiento, porque entiendo que para dar una prueba de fealdad con lo que hay existente basta. A continuacion de ese portal siguen las casas de cabildo con su carcel de ciudad, algunos nidos de milanos y la *Lonja*, la cual no tiene otro mérito sino de ser demasiado cortesana, por cuanto no concede sus favores sino á los que le pagan, y con paga fija.

Frente por frente del mil veces escalado Olimpo se encuentra el portal de Mercaderes, cuyas mercaderías de valor son por de contado extranjeras, y los muñecos

ridículos, las muñecas bizeas, los tambores de colorido y todo lo malo que allí se vende es mejicano, gracias á Dios; mas no creas que porque en el país no se encuentre quien haga cosas mejores sino porque esa es la única industria que ha quedado á los nacionales, debido á la ilustracion cortesana que ni sabe usar mas que lo extranjero ni estima en un comino, por bueno que sea, lo hecho en esta tierra. Sobre esto te hablaré mas espacio en otra.

En el centro de la plaza está un zócalo incompleto, que ha de servir para un obelisco inédito, y que mientras se construye como es debido, ó mientras se encarga á Londres ó Paris el material de que se ha de hacer, el artista que lo ha de fabricar y las glorias nacionales que representar debe, se ha creído conveniente dar varios usos al susodicho proyecto de monumento. En una vez se trató de colocar un faro, aunque seguramente por tener varios faros obiquitos, se le reputo madre de ellos, y se le dijo *farola*, si bien creo que tanto por la intencion que tuvo el tal mueble de sustituir un monumento glorioso, por su construccion y por el fin que alcanzó, merecia mejor [salvo yerro] el nombre de *farolon*; pero á mi entender no le dieron tal dictado porque muchos se creyeron aludidos, y aqui las alusiones son de mal gusto. Varias veces ha servido el zócalo para formar en él un salon destinado á las esposiciones de la industria y de la agricultura, todo nacional se entiende, y por lo mismo hemos visto premiados los artefactos hechos por extranjeros ó importados del extranjero, con lo cual ha recibido un grande impulso y mayor estímulo la industria del país. Allí lucen las mejores calabazas que produce esta tierra bendita, y allí en fin se ponen de manifiesto cuantos adelantos se han hecho en la república, ora sea en destruir el trabajo de la clase obrera sustituyéndolo á los brazos las máquinas, ora en objetos de bambolla aunque de poca utilidad.

Sirve tambien el zócalo para las confidencias nocturnas de los tiernos hijos del pueblo, que, merced á la penumbra de que allí se goza, van á tratar sus asuntos libres de miradas importunas. Cuéntase que se está proyectando poner allí otra *farola* de mejor calidad, alumbrada con gas, para lo cual hay algunos fonditos reunidos que tal vez podrian bastar para la conclusion del monumento; pero como los monumentos solo son propios del juéves santo, se ha tenido por mas útil ir con el siglo que, segun dicen, es todo de luces, y buena prueba nos da el alumbrado de Méjico para el cual se ha hecho una contrata, como todas las que hacemos desde que tenemos habilidad legal para contratar. Sea de esto lo que fuere, si te aseguro que esa *farola* en proyecto servirá para alumbrar toda la plaza y hacer que se vean las caras, caso de que no se le ocurra al contratista dejarlos á buenas noches, todos los que van á dar vueltas á los arbolitos para pasar las primeras horas de la velada.

Vamos por partes. Diréte el uso que los cortesanos hacen del portal, de los arbolitos y del palacio; pero como ya es tarde, será bueno que lo dejemos para otra vez si tú no lo has por enojo. Conque, adios. Tuyo.—*Caralampio*.

Méjico, 23 de Mayo de 1859.

Bibianilla: Te prometí en mi última contarte el uso para que han sido criados el portal, los arbolitos y el palacio, y voy, á fuer de hombre chapado á la antigua, á cumplirte mi palabra, que aunque ya habrás notado en mí cierto resabio de corte, no estoy tan civilizado todavía que tenga el desparpajo suficiente para faltar á mis promesas, no digo treinta ocasiones al dia; pero ni una vez por semana. Cuando con el roce de la gente civilizada haya dejado la corteza rústico-majadera que de allá traje, entónces verás que á todo digo sí, y á todo falto bonitamente. Por ahora vamos al asunto.

El portal de Mercaderes tiene hoy el nobilísimo uso de ervir de una diaria esposicion de todo cuanto la indus-

tria nacional ó extranjera produce, si bien no se presenta á los ojos sino como un amigo á la bolsa, ó una declaración de guerra á los haberes de cada ciudadano. De un lado todo son tiendas de ropa, ricas mercerías, elegantes sombrerías, y tal cual casa de israelita de aquellos que prevaricaron al pié del monte Sinai adorando al becerro de oro. Del otro, y adherido á cada pilar de los que sostienen la portalería, se encuentran unas huroneras en las que se embute, se encasquilla un ser humano y se rodea de cuantos objetos pudiera apetecer un antojadizo chiquelo. Juguetes de todas clases y precios, fabricados por los mejicanos y poco estimados por lo mismo, aunque muchas veces no carecen de mérito. Pero aquí encaja que ni adrede, el darte la razón de lo que te dije otra vez, á saber por qué no trabajan mejor los del país. Esto consiste en que todo el mundo se desvive por comprar lo que tiene el nombre de extranjero aunque sea una cosa de suyo inservible y ridícula. Puestos en parangon los juguetes, v. g., del presidio de Rochefort con los que aquí fabrica un exelente artesano, la ventaja queda á favor los mejicanos. Hay en las mercerías unos monstruos deformes que figuran un niño en mantillas llamados *rorros*, y que á mi modo de ver podrian pasar por un feto mal conformado: esos figurones que en conciencia debian prohibir y recoger, siquiera para no presentar á las señoras en ciertas épocas objetos deformes, se venden con mucha estimacion porque los fabricaron en Francia, mientras en frente de ellos se ven figuras de cera hechas con habilidad, y que no valen un cuarto por ser del país.

Y esto que digo respeto de juguetes se ve en mayor escala, aunque con mayor injusticia, respecto de otros objetos que se llaman extranjeros y que no tienen de tales sino la materia prima y algunas veces ni eso. Vas por ejemplo á una sastrería que encuentras en ta calle, adornada con mil figurones y vidrios, letras doradas

que componen un nombre francés, inglés, alemán ó turco, penetras perfectamente por en medio de mil piezas de ropa perfectamente acabadas: se te presenta un elegante de tieso cuello, de chapurrado hablar: recibe tus órdenes: toma sus medidas, y muchas veces ni aun eso, sino que apunta las que le dicta un *barrilete* mejicano, y un poco despues un sastre mejicano tambien, es el que está surciendo la ropa, y el que te la hace, y el que te la prueba. Lo mismo, sin diferencia alguna sucede en la zapatería, otro tanto en la casa de la modista, idem, idem en la del tapicero y en todas las casas en que el nombre está precedido de un *Monsieur*, de un *Mister*, de una *Madame*, de un *Mac*, de un *O'* de un *Van*. Pero que esos mismos mejicanos y mejicanas que trabajan en provecho de otro, quieran abrir bajo su nombre y por su cuenta un establecimiento cualquiera, y aun cuando hasta aquí, á ellos se debe el corte elegante de una casaca, la gallardia de un vestido, la perfeccion y consistencia de un calzado, y lo que es mas, la rizada melena de una cabeza mejicana, como esos pobres diablitos se llaman simplemente *Juan Gonzalez*, *José Perez* ó cosa así, todos los cortesanos esclaman: "¿Qué ha de saber ese mejicano? Cuando mas conocerá el corte de un *coton* ó de unas *calzoneras*. Si no ha estado en Francia, si nunca ha salido de aquí, ¿quién diablitos se pone en sus manos?" Y sin embargo se han puesto; pero el provecho ha sido para otros, y el trabajo para el hijo del país.

Me distraje. El portal en el día sirve para todas esas exhibiciones y paralelos y para reunir allí á los que no tienen ocupacion alguna, si no es en las casas de juego ó en los círculos de los descontentos sempiternos. Luego que las negras sombras de la noche descienden sobre la ciudad bienaventurada, empiezan á aparecer diversas clases de gentes, con diferentes clases de ocupaciones. Las puertas de las tiendas y las alacenas de juguetes se

convierten en asientos de los visitantes nocturnos de aquel sitio, y de las señoras que salen á hacer ejercicio por su *enfermedad temporal*. Todo empleado á media paga, todo meritorio sin propinas, todo cesante sin cesantía, todo jubilado sin jubilación, todo militar sin mando, te dan cita allí, ora para lamentar su contraria suerte y declamar contra las injusticias que sufren, ora para echar el anzuelo á alguno que les remedie su habitual penuria. Otros van allí en pos de ciertas damas que hacen de las afueras del portal el campo de sus conquistas, no atreviéndose á cruzar por dentro de él, por no dejar á toda luz bien una fealdad fenomenal, bien los estragos del tiempo, bien los progresos de tal ó cual peregrino que gana en tan honrosa profesión. Otros de los que concurren allí tienen por oficio el incitar á los *arrancados* con la esperanza de una mejora en su fortuna por medio de las partidas y demas juegos *permitidos*, y entre toda esta serie de personajes anda como pelota, por via de entreacto, el honor del que pasa, la reputación de la que llega, y el buen nombre de los que se retiran.

De cuando en cuando llega un espendedor de billetes falsos para las loterías nacional y de la virgen, que aprovechando la poca luz que despide el alumbrado, venden su mercancía contrahecha y explotan á tal cual paseante que no conoce el artificio. El mismo trabajo emprende alguno de esos venduteros ambulantes que trata de vender una cadena, un dije cualquiera por de oro, cuando no es sino de latón; pero estos pobres industriales tienen que habérselas con otros tan industriales como ellos, y pocas veces logran su intento, sino es cuando dan con mis paisanos los batuecos, á los cuales distinguen entre mil y es á quienes de preferencia atacan unos y otros.

En día de fiesta el portal es un hormiguero bien visto. Casi todo el mundo ocurre allí desde las ocho de la mañana hasta despues de medio día, siendo literal-

mente imposible penetrar en aquel oceano, mucho mas si se toma en cuenta que con cuatro crinolinias se llena la tercera parte del portal, y eso que es bien grande. Pero de esas aperturas sacan algunos y algunas ventajas inapreciables; porque el que no pudo dar su carta al cochero ó á la recamarera por el inconveniente de la falta de retribución al Mercurio se desliza como anguila entre las oleadas de gente, y logra dar en propia mano su almiarada misiva, con mas un apretoncito de mano ó de otra pieza, que los transporta aun mas allá de la region del fuego. Las niñas que de eso quieren su limosna, presentan voluntariamente mil oportunidades de esa especie y buscan mil pretextos para prolongar y repetir aquellos lances de ventura y bienandanza; y entre tanto las mamás, guardas diurnos y nocturnos de aquel objeto, hacen lo que los de las esquinas, duermen y callan contemplando ledas el *carretoncito* que vende una pobre vieja, ó los angelitos regordetes que están convidando con su risa de tonto á que les den alojamiento en cualquiera casa, sacándolos del poder del júdas que los quiere vender. Una madre orgullosa de un insurgente chico, un padre envanecido con su primer retoño, cargan con esa prenda y la llevan al portal para que escoja los mas bonitos juguetes y pueda recrear su vista con los muchísimos objetos producidos para su diversion y solaz. Y el llanto de estas criataritas, unido al voceo incesante del billettero ó dulcero, y al zumbido de todos los que forman aquel avispero, es capaz de aturdir, ó por lo ménos en sordecer, á todo el que no está acostumbrado á ese ruido.

Los *arbolitos*, ese precioso estorbo con que han encubierto la fachada de la catedral, sirven de punto de reunión en las primeras horas de la mañana,—ya sabes que esta comienza á las ocho—á todos los repartidores de noticias, que han usurpado el oficio de los periódicos, no solamente en su seccion de gacetilla, sino lo que es toda-

via mas grave, en su derecho de mentir. Allí encuentran en las columnas de una *gaceta* ambulante, noticias que mas allá te desmiente un *Siglo XIX* en carne y hueso, y que luego te varia un *Diario de Avisos* en dos piés, y que te trata de cordinar una *Sociedad* de frac y caña de indiano. No hay dislate, por garrafal que sea, que no haya sido urdido, tramado y espendido en aquel laboratorio, ni hay cambio político ó administrativo que allí no se comente, ni medida que allí no se examine, ni hecho de armas que allí no se relate. La fusion mas completa y la confusion mas absoluta de dichos y de hechos relativos á la cosa pública tiene plii lugar. Es para decirlo de una vez, el congreso general de la gente majicana.

Cuando la sesion se levanta y los viejos noticieros empiezan á desfilar, se ocupa el terreno por una porcion de moscas que van al olor del amiscole y de las esencias con que se riegan las devotas cuotidianas. Pasan allí su revista, ven y son vistos de las susodichas; admiran un pié breve, discuten cual color de rosa es gratis y cual comprado; cual crinolina es sacudida con gracia, y cual es llevada á remolque; y despues de tan grata ocupacion, el terreno queda libre hasta las oraciones de la noche, y empieza primero á ser visitado por las comerciantes de amor, y luego por lo mas escojido de la aristocracia vergonzante que no va al teatro ni ocurre á las tertulias, ni tiene coche para ir á Bucareli, ni quiere perder la ocasion de lucir una talma recompuesta, ni que se noten con la luz del día las antiguas formas de un vestido remosado, ó el denunciador remiendo puesto en un albornoz elevado al rango de capa, ó el heterogéneo peinado que ha realizado una fusion de tembleques y abalorios. Allí se encuentra, en suma, todo lo que no puede lucir sino á la luz artificial ó á los resplandores del astro de la noche, que son las mas benéficas luces

para ciertas cosas en que el tiempo ó el uso se ha cebado.

Réstame hablarte del palacio, y no sin temor lo hago por que ese edificio es el depósito de las ruedas con que se hace mover el edificio social. Mi temor consiste en que tales ruedas son de suyo delicadas, y no se dejan manosear por los inespertos; y yo el mas cerrado de todos, podré ocasionar con mi tacto un poco labriego aun, que alguna de esas piezas se oxide y deje por lo mismo de funcionar, y la maquina se pare, y el trabajo se interrumpe, y cargue el diablo con todo. Pero procuraré no tentarlas, aunque ellas me conviden con sus tentaciones: veré y contaré.

Ademas de ser la residencia habitual de los pilotos y grumetes que dirijen la nave del Estado, se encuentran allí una multitud de preciosidades que deberian llamar la atencion, mucho mas que las del Museo; pero por una fatalidad que no sé esplicar, nadie hasta hoy se ha dedicado á examinar, clasificar y dar á conocer belleza tanta. No tengo yo todos los tamaños que la tal empresilla exige, y por lo mismo me limito á decir lo poco que he podido alcanzar de lo que allí hay. Comienza por saber que desde que se atraviesa la puerta defendida por un cuerpo de guardia, tropieza uno á cada paso con viudas desconsoladas, no tanto por la muerte del marido, cuanto por la de sus esperanzas de conseguir un prorateo de su montepio, patrioteris risueños no tanto por el bien de que disfruta la patria, cuanto porque alcanzaron que la patria los colmara de bienes: pretendientes desinteresados que van á ofrecer *gratis et amore* sus fortunas y sus ahorrillos para que los apuros cesen y el tesoro tenga recursos, contentándose con un modico ciento por uno que dieron de los mismos ciento: pretendientes modestos que despues de no haber hecho ningun servicio al país quieren que se les dé una prebenda en alguna catedral marítima: vendedores de favor

que hacen pagar muy caro el que ofrecen espontaneamente al que tiene hermana ó mujer bonita: estudiantes atrazados que piden se les dispense la ciencia por su orfandad ó sus enfermedades: escritores de nota que piden se los franquee el archivo para desfigurar en grandes tomos los documentos mas preciosos de Méjico: cantores de glorias desconocidas que mañana censurarán acremente: contratistas ventajosos que de todo sacan ventaja: periodistas incensarios que como sochantres cantan á toda orquesta *amen*: y de cuando en cuando, allá como un cometa, tal cual patriota de 21 de casaca rai-da y mugrienta, sombrero sin ala y sin copa, camisa *incolora*, y zapatos de caracol, que va en busca no de empleos, por que ya es viejo, no de pagas, porque hace mucho tiempo que se las retiraron, no de gracias, porque hace mucho tiempo que ni las dice ni las oye; sino unicamente á ofrecer sus servicios porque sabe que nos ama-ga un vecino codicioso, pidiendo despues volver á su pobreza y á su retraimiento; pero como está viejo se le dice que *chochea*, y se le deja ir sin decirle al ménos una palabra de agradecimiento por los muchos jóvenes, que comenzaron su carrera de carreras hace tres meses y ya son generales ó por lo ménos coroneles.

Despues de haber atravesado esa nube de géneros tan diversos, despues de haber subido las escaleras se encuentra uno en la puerta del salon principal, donde se reciben los embajadores, donde tienen lugar las grandes ceremonias, y donde se escuchan los discursos mas bien acabados un día de felicitacion. Yo esperaba que en aquel recinto mis ojos no pudieran resistir el brillo del fausto y de la riqueza, tanto por el destino del salon, como por la proverbial magnificencia que atribuyen á los *arrancados* de la corte, pero si no es un solio de terciopelo algo gastado como el patriotismo, una alfombra lampiña y unas sillas equilibristas como los que en ellas

se suelen sentar, no encontré allí grandes cosas, y de ello me felicité interiormente, porque muy mal me habria sabido el lujo de aquella pieza con el hombre de los que sirven y sirvieron.

Ví allí arrinconadas, esto es, puestas en los rincones de la sala, unas estatuas de yeso que simbolizan la justicia, la fortaleza y no recuerdo bien si la prudencia y la templanza; pero como la materia de que están formadas es débil y quebradiza, no creo que la alegoría sea de buen gusto, así como tampoco me parece á propósito el lugar en que han sido colocadas. Pero todavia me parece peor lo que me dijo uno que se tomó el trabajo de explicarme todo lo que veia, y es que ántes en la antesala del audiencia habian puesto unos cuadros que representaban el valor, el patriotismo, la caridad, el honor, &c, porque eso cualquier mal intencionado lo habria traducido desfavorablemente, creyendo ó afectando creer que á esas virtudes no se le daba audiencia ni penetraban jamas en la sala. Dice el mismo sujeto que los cuadros en cuestion van de ser sustituidos con unos bíblicos que representan los trabajos de Job, para que los que vayan á audiencia se vean en aquel espejo y nunca, nunca se impacienten, lo cual es muy gran pecado.

Lo que sobre todo me impresionó fué ver allí un cuadro que representa el templo del dios del Tibet, que segun he oido contar á los sabios de esta tierra, está siempre cerrado para los que no son sacerdotes, únicos electos que tienen el derecho de penetrar cerca del Dala Lama. Este por lo mismo que sufre tal asedio, ó incomunicacion tal, ni sabe lo que se pesca por sus dominios, no obstante su divinidad, ni mortal alguno puede acercarse para pedirle el remedio de sus cuitas, ni sabe mas que lo que los sacerdotes le refieren y del modo que quieren referirlo.

¿Qué significa allí ese cuadro? No lo sé: así como

tampoco lo que quisieron decir con otro que representa el río Leteo en primer termino, y como paso forzoso para llegar á los campos Eliseos que se descubren en lontananza bajo la forma del palacio nacional.

Otras cosas encierra el edificio pero no está en uso verlas, ó porque han caído en desuso como las cámaras, ó porque se han usado mucho y perecieron ya como el jardín.

Por lo que hace al exterior del palacio sirve para que en él se sitúen los jueves y los domingos por la noche, las músicas militares á tocar la retreta, diversion que disfrutan todos aquellos que no tienen para proporcionarse otra, y que prueba el gusto filarmónico tan prodigiosamente desarrollado en la corte toda. Sirve tambien para que por enfrente pase el ejército en día solemne, formando columna de honor palabra que no quien analizar.

Hemos echado una buena tirada hoy. Para dar un vistazo á los sitios de que te he hablado he tenido que andar mucho, me he cansado y por lo mismo hago pausas. Hasta otro día, querida.— *Caralampio*.

Méjico, 26 de Mayo de 1859.

Contiguo al palacio nacional se encuentra un taller donde se fabrican sabios de primer graduacion y muy alto copete. Llámole taller por que en una escuela de primeras letras, donde supongo que lo entienden mejor que yo, he visto un verso, que si la memoria no me falta dice así:

De este taller de la virtud y luces
Do el insipiente su instruccion adquiere &.

Pues bien este es taller de primeras letras donde un chicuelo adquiere instruccion, y en aquel, mas en grande es donde los instruidos alcanzan renombre de sabios y el derecho de gastar faldas y de ponerse en la cabeza

una pirámide de diversos colores, con lo cual ya todo el mundo los califica de sabios y los distingue del común de nosotros los ignorantes. Y ¡vaya si se distinguen! Figúrate que en las procesiones, en las asistencias públicas, llaman la atención de todos, todos; no tanto por el traje que cada día va siendo mas raro, sino porque cada uno de ellos es considerado en su facultad ni mas ni ménos que, como decian los pesos antiguos, el *non plus ultra*. El pensamiento de haber colocado el susodicho taller enfrente del mercado de legumbres y hortalizas vale tanto en mi concepto, como decir que de las calabazas á la universidad solo hay un paso.

Del edificio nada diré, porque excepto su venerable antigüedad, ninguna otra cosa tiene de notable. Pero de su contenido sí creo justo hacer mención honorífica, aunque no sea mas que por darte á conocer el modo con que se llega al templo de la inmortalidad, pasando por la garita de ese taller, donde se espiden los pasaportes para aquel antuario.

Haz de cuenta que llega un *quidam* á quien nadie conoce, pero que conoce el lado flaco de la humanidad, y presenta papeles pocos ó muchos en que se dice que el tal es hombre de talento preclaro, de raro ingenio y de disposiciones felices; se calla por elegancia como en las oraciones latinas, algo; y ese algo es que el recomendado es audaz y chisgaravis, y que tiene sus puntas de embustero. El cuenta que viene perseguido y vejado, cuando en realidad el ha vejado y perseguido á mas de cuatro que pusieron en sus manos un negocio. Se adhiere á tales y cuales personas, que ó bien por quitárselo de encima, ó quizá porque tienen un tino especial para elevar nulidades, lo recomiendan, lo presentan y lo ensalzan, hasta que consiguen darle colocacion, que aunque insignificante él sabe explotar. De allí á poco tiempo se le pone en la cholla el distinguirse en tal profesion, y aunque no tiene *cum quibus*, que es la *conditio*

sine qua non con se consiguen los pasaportes, no falta algun bendito que facilite los reales, y otro que por dar honor al magisterio le anime y le ayude á dar todos los pasos consiguientes.

Como en el taller no piden papel de conocimiento, como se hace con los criados, y como me parece que deberia ser, á lo ménos tratándose de algunos, nuestro pretendiente no teme que sepan sus antecedentes, ni está espuesto á que descubran que es capaz de defender el *Alcoran* ó jurar la carta de 57 por amor á un empleillo; y por consiguiente se echa en brazos de la fortuna, que como dijo el otro *jubat audaces*, y el dia ménos pensado hace imprimir un pliego cuadruple en que enumera que fué *trabea decoratus* en tal otro taller, mérito que cualquiera que paga ó recibe gracia puede alegar, y cuenta que es empleado, pero sin decir en qué, lo cual puede muy bien hacer hasta el portero de una oficina; y con eso, y con traducir ó buscar traducido un largo capítulo sobre el punto dado que va á leer con mucho énfasis delante de sus futuros compañeros, cáatelo ya uno de los insignes sabios ante los cuales se humilla todo bicho tonto é insipiente.

Y no creas que para en eso el dia ménos pensado da á luz el nuevo astro literario una composicioncilla en que muestra su habilidad y su talento, muy semejante á la que una peregrina cabeza adornada con tal campanario, dió á luz con motivo de la muerte sentida de una criaturita á quien describía así:

De su figura no hay qué decir,
Que fué semejante á la rosa,
En su vida fresca y hermosa,
Triste y marchita al morir.

Su contestura muy débil,
Su salud fué muy escasa;